

Los desdeñados cursos por correspondencia para las masas: ¿Fraude o redención?

Claudio de Moura Castro

Un estudio llevado a cabo durante los años setenta sugiere que los cursos de correspondencia tienen el potencial de lograr un impacto positivo en modestas clientelas que buscan desarrollar o mejorar aptitudes laborales. A pesar del uso incrementado de modernas herramientas de enseñanza como el Internet y la televisión, al parecer los cursos por correspondencia han logrado mantener algunos nichos. Sin embargo, continúan pasando tan desapercibidos como hace 25 años. Tal vez dedicar un poco de tiempo para estudiar las ventajas de estos cursos podría tener resultados mayores a los esperados.

"Mi curso por correspondencia fue en mecánica automotriz, pero trabajo en la reparación de tractores. Es un poco diferente, pero el curso me ayudó mucho. Yo era un ayudante en una granja, ahora soy un mecánico de tractores, empleado en un taller donde he trabajado hasta ahora. Obtuve mi licencia de conducir y he regresado a la escuela nocturna. Espero llegar a ser ingeniero mecánico algún día". (Respuesta a una encuesta dirigida a los egresados de una escuela por correspondencia)

En la época de la enseñanza vía Internet de banda ancha, ¿qué debemos decir acerca de su pariente más pobre, la educación por correspondencia? Y ¿qué debemos decir de su versión más plebeya, los oficios vocacionales enseñados por correspondencia?

Los libros de historietas anuncian cursos sobre reparación de radios y televisores, dibujo técnico, modistería, decoración de tortas, mecánica automotriz, contabilidad y mucho otros oficios comunes. (En los Estados Unidos, estos cursos se anuncian típicamente en cajas de fósforos.) En la mayoría de los países, estos cursos no son regulados por la ley, son operados por empresas privadas, y están dirigidos a clientelas modestas.

La mayor parte de los académicos y educadores los ignora por considerarlos inocuos en el mejor de los casos, y como un abierto fraude, en el peor. No sólo eso, sino que los acusa de vender ilusiones a quienes menos pueden darse el lujo de pagar.

Pero, ¿es cierto eso? Para comenzar, quienes los acusan no tienen prueba alguna en la mayoría de los casos. Estos programas son tan desdeñados y olvidados que pocos investigadores serios se han tomado siquiera el trabajo de indagar algo sobre ellos.

Hace varios años, en Brasil, con unos pocos estudiantes de posgrado, decidimos averiguar qué se ocultaba detrás de estos anuncios donde se sostenía que era posible encontrar empleo y ganar dinero tomándolos.¹ Una encuesta anterior había identificado 31 escuelas por correspondencia en el país (1977), con cerca de 240.000 estudiantes (casi diez veces más que la red de escuelas técnicas federales.) Cinco escuelas fueron incluidas en la muestra, que cubría las más grandes. Con la ayuda de los administradores de las escuelas, se seleccionó una muestra aleatoria del 25% de estudiantes, egresados y desertores para entrevistarlos por correo, utilizando un cuestionario detallado. Al estar habituados al correo para comunicarse, un gran número de egresados respondió. Obtuvimos una tasa de respuesta del 55%, bastante impresionante para una encuesta por correo. El estudio dejó 3.704 cuestionarios útiles de estudiantes, 4.230 de egresados y 898 de desertores.

¹ Lucia Radler dos Guaranys y Claudio de Moura Castro, *Ensino por correspondência no Brasil* (Río: IPEA, 1979).

La sabiduría convencional despedazada

Existe la difundida presuposición de que estos cursos no funcionan bien, dada la poca confiabilidad de los sistemas de correo. De hecho, el sistema de correos del Brasil tenía una horrible reputación en la década de los setenta. Una de las primeras sorpresas fue encontrar que sólo el 2% de quienes respondieron se quejaron de envíos extraviados, y sólo el 11% reportó demoras en la entrega. Este estudio prácticamente despedazó toda la sabiduría convencional acerca de estos cursos de tres maneras.

Relación de los estudiantes con su alma mater

La mayor parte de los encuestados supusieron que la encuesta estaba directamente relacionada con la escuela y procedieron a entablar un diálogo sorprendentemente personal con sus antiguos profesores. Los cuestionarios estaban llenos de historias personales, que incluían detalles muy íntimos de sus vidas. Nos sorprendió encontrar esto en lugar de una relación distante y etérea con las personas desconocidas de las escuelas por correspondencia; los estudiantes se mostraron muy emotivos y sinceros acerca de sus experiencias pasadas. De alguna manera, supusieron que había personas reales detrás de los sobres fríos e impersonales que llegaban por el correo.

Estratificación social del cuerpo estudiantil

Analizamos la distribución de estudiantes de clase obrera, clase media y clase alta. Examinamos también la distribución del nivel de educación de los padres. Resultó que la composición social de la clientela es equivalente a la de los primeros años de educación primaria. Pero, como sabemos, la estratificación social de los estudiantes de los primeros años de escolaridad es muy similar a la de la sociedad en general, puesto que la clase social de los niños matriculados en la primaria es la misma que la de la sociedad. En otras palabras, las escuelas por correspondencia están dirigidas a una muestra representativa de la población brasilera. Puesto que después de unos pocos años de escuela primaria el número de desertores aumentó dramáticamente (a fines de los años setentas), todos los niveles más altos de educación son más selectivos socialmente que las escuelas por correspondencia. Por consiguiente, la educación por correspondencia es la única modalidad de educación—diferente de la de los primeros años de primaria—donde los pobres no están insuficientemente representados. Cualesquiera que sean los beneficios que puedan aportar a los estudiantes, los aportan con equidad, pues las oportunidades de matricularse son exactamente iguales para pobres y ricos. Y puesto que los pobres constituyen la población más numerosa, la educación por correspondencia significa una educación predominantemente dirigida a los pobres. Ningún otro programa gubernamental o privado logra el mismo nivel de equidad obtenido por estos modestos operadores con ánimo de lucro.

Afición versus vocación

Al mirar la opción de cursos ofrecidos, supusimos que algunos eran aficiones, tales como decoración de tortas, pastelería, costura y bordado. Pensamos que la reparación de radios y televisores y la mecánica automotriz eran, por el contrario, verdaderas ofertas vocacionales. De nuevo, nos equivocamos. Por lo general, la radio y la televisión eran algunos de los pocos cursos tomados por jóvenes de clase media que deseaban tener una afición. Por el contrario, decoración de tortas y costura eran las verdaderas asignaturas vocacionales para los estudiantes muy pobres y sin educación, que constituyen la clientela predominante. El cuestionario da una imagen clara de por qué toman los cursos los estudiantes: sólo el 1% de los encuestados señaló que se trataba de una afición.

En orden decreciente de importancia, se encontraron los siguientes cursos en la muestra: Reparación de radios y televisores, Dibujo técnico, Costura, Electricidad, Programas similares a los de equivalencia de la escuela secundaria, Contabilidad, Mecánica, Ganadería y Agricultura.

Estos son programas prácticos. No obstante, cuando se examinó la oferta de todo el conjunto de escuelas, agregando instituciones pequeñas y desconocidas, el espectro de cursos aumentó drásticamente, llegando a 126 títulos diferentes. Muchos de ellos no parecían serios en lo absoluto: egiptología, ciencias ocultas, hipnotismo, cómo conquistar a las chicas, etc. En general, se sugiere un mercado compartido por agentes serios y responsables y por instituciones poco confiables, en ocasiones abiertamente deshonestas. Este, desde luego, es el precio de la completa falta de regulación que prevalece en el sector.

Efectividad

Pero, desde luego, si los programas no ofrecen nada tangible a los estudiantes, el tener una clientela de clase obrera significa que son los pobres quienes están siendo estafados, y no los menos pobres—un mal negocio para la sociedad. Para encontrar respuestas a estos interrogantes críticos, se siguieron varios caminos. Primero, se examinó la calidad de los materiales de enseñanza. Segundo, se indagó acerca de las tasas de deserción. Tercero, se buscó evidencia en los cuestionarios que indicara un aumento en los ingresos personales como resultado de los cursos.

Calidad de los materiales de enseñanza. Primero solicitamos a expertos en tecnología de la enseñanza que examinaran los materiales de enseñanza. En general, concluyeron que habían sido elaborados de manera profesional y que cubrían los temas correctamente (dos tercios fueron calificados como buenos). Los estudiantes también tenían una opinión positiva de los materiales: el 73% encontró que no eran demasiado fáciles ni muy difíciles, y el 89% consideró muy útiles los ejercicios prácticos.

Esto no constituyó una sorpresa para este autor quien, en su juventud, había tomado un curso de reparación de radios en una de las escuelas encuestadas (Instituto Radio Técnico Monitor). Se afirmó que los materiales estaban cuidadosamente diseñados, eran prácticos, y adoptaban el enfoque anunciado de "aprender haciendo", enfoque que las escuelas académicas rara vez han adoptado realmente, aun en esta época. De hecho, comparados con los textos escolares para asignaturas equivalentes, eran mucho más fáciles de comprender, y los experimentos prácticos muchísimo mejores que los de la enseñanza académica que prevalecía por entonces.

Tasas de deserción. Las tasas de deserción varían mucho, pero parecen oscilar del 30% al 80%. Esto puede parecer alto según los criterios normales, pero resulta ser lo habitual en la educación a distancia en todas partes del mundo. No todos los estudiantes tienen la disciplina requerida para estudiar solos. Comenzar y tratar de avanzar es el mecanismo de selección convencional para determinar quién tiene el perfil indicado para tomar cursos por correspondencia. Las pérdidas económicas de este método de "ensayo y error" son mínimas, puesto que la tasa de deserción ya se ha incorporado a la lógica del curso. Desde el punto de vista de los estudiantes, sólo pagan los materiales recibidos. Desde el punto de vista de las escuelas, imprimen los materiales en forma proporcional a la disminución esperada de estudiantes.

Lo que nos sorprendió fue advertir que los factores económicos desempeñaban un importante papel en la deserción. Aun cuando el programa completo cuesta por lo general entre US\$50 y US\$100, dado que muchos de los estudiantes son realmente muy pobres, los administradores de las escuelas han notado que las matrículas fluctúan con el ciclo comercial: los estudiantes se retiran cuando aumenta el desempleo. Otra fuente de deserción es lo que podríamos llamar "el grado personal". Los estudiantes deciden que ya han recibido todo lo que necesitan del curso. Por ejemplo, aprenden reparación de radios y no continúan con reparación de televisores, que quizás no les interesa.

Rendimientos económicos. Cuando comenzamos a buscar evidencia tangible de rendimientos económicos del curso, nos sorprendió en primer lugar la abundancia de comentarios de parte de los estudiantes acerca de lo que el curso les había aportado. Así, en lugar de buscar únicamente aumentos mensurables en ingresos, pudimos tabular los comentarios cualitativos presentados por los estudiantes. La combinación de las dos fuentes de información hace que las conclusiones sean más sólidas, pues ninguna de ellas por sí misma es completamente confiable.

La mitad de los egresados reportaron que habían derivado beneficios económicos del curso. De éstos, el 32% reportó que podía realizar tareas con mayor facilidad, el 6% fue promovido en su trabajo, y el 8% obtuvo un incremento salarial. Incluso un cuarto de los desertores afirmó que se desempeñaba mejor en su empleo. Nos sorprendió que un número tan elevado, el 79% de los estudiantes, reportó beneficios en su ocupación.

Al responder acerca de las razones por las cuales sus salarios pudieran haber aumentado, el 39% lo atribuyó en parte al curso, y el 21% enteramente al curso. Es también interesante señalar que la mitad de los egresados encontró un empleo relacionado con el curso, o bien trabaja ya en un empleo semejante antes de tomarlo.

Los cuestionarios fueron revisados manualmente, para tratar de separar aquellos estudiantes que habían documentado los beneficios derivados del curso. Encontramos que en el 29% de los casos, los presuntos beneficios estaban respaldados por detalles concretos de lo que les había sucedido. Otro 12% afirmó haber obtenido beneficios, pero no incluyó cifras u otra evidencia tangible. Por consiguiente, tenemos cerca de un tercio de los encuestados que incluyeron datos firmes sobre los beneficios obtenidos, y otro 12% que afirmaba haberlos obtenido. Considerando que el valor de los cursos es, por lo general, cerca de un salario mínimo y que el estudiante típico podría devengar un salario equivalente a dos salarios mínimos, un incremento de solamente del 3 al 5% en sus ingresos es suficiente para recuperar el valor del curso en uno año. Este no es un mal resultado para una inversión adicional de dos horas de estudio al día, como lo reportaron los cuestionarios.

Este es ya un indicio impresionante de efectividad. Pero cuando consideramos que el 52% de los estudiantes no tomaron el curso con la expectativa de obtener beneficios económicos, la proporción de quienes los esperaban y los obtuvieron es casi el doble. Adicionalmente, para los menores de 19 años, los beneficios económicos inmediatos son menos probables. El resultado más predecible es para quienes se encontraban ya en ocupaciones manuales capacitadas. Lo típico es que los hombres cambien de empleo y las mujeres ingresen por primera vez al mercado laboral después de haber tomado el curso.

En general, los resultados de un estudio semejante no permiten un estimativo riguroso de las tasas de rendimiento de la inversión. No obstante, al compilar los datos y complementarlos con los datos cualitativos recogidos del cuestionario, podemos llegar a formarnos una idea sugestiva. Después de excluir a aquellos estudiantes que no estaban interesados en los beneficios económicos, y a aquellos que, debido a su corta edad o a otras razones no podían obtenerlos, parece haber una población en la cual mucho más de la mitad derivó beneficios económicos de las escuelas por correspondencia. Puesto que el costo de los programas es bastante modesto, típicamente mucho menos del 10% de los ingresos mensuales de los estudiantes, estos resultados parecen ser bastante impresionantes.

No debemos olvidar que se trata de erogaciones privadas para educación hechas por un grupo que tiene la misma estratificación social que la población de un país pobre como el Brasil. Ninguna otra forma de educación, diferente de los primeros niveles de la escuela primaria, atiende una clientela tan modesta. Encontrar rendimientos significativos de esta inversión fue una agradable sorpresa.

Desde luego, estos resultados datan de fines de los años setentas en el Brasil, un país que ha cambiado drásticamente en los últimos años. ¿Qué ha sucedido con estos cursos desde entonces?

Tal vez no cause sorpresa constatar que estos cursos siguen tan alejados de la corriente principal de la educación como antes. Los educadores serios aún no han tomado nota de ellos—es triste para los autores advertir que el libro donde se describen los resultados de esta investigación no parece haber cambiado el panorama. Por consiguiente, hasta la fecha no hay datos confiables al respecto.

Para tener una idea de lo que cambió desde la publicación del libro, el autor se puso en contacto con un funcionario del Instituto Monitor, la escuela más antigua y la principal sobreviviente de la educación por correspondencia.² Ha estado en el negocio durante 61 años, y ha matriculado entre cinco y seis millones de estudiantes, de los cuales el 30% se graduó (¿Cuántas escuelas han producido dos millones de egresados?) Actualmente, la escuela matricula 30.000 estudiantes nuevos cada año y gradúa al 50% de ellos.

La mayoría de las escuelas por correspondencia han cerrado, pero algunas instituciones semi-públicas han venido ofreciendo programa de respetable calidad. Monitor y el Instituto Universal Brasileiro—las dos escuelas más grandes—y las escuelas más pequeñas que aún subsisten, matriculan cerca de cien mil estudiantes.

Parece que ahora predominan los alumnos de clases medias y bajas en los cursos. Por alguna razón, los estudiantes de clase obrera son menos numerosos que antes. La educación por correspondencia tarde o temprano se verá afectada por la competencia de medios más modernos. Esto, sin embargo, aún no ha ocurrido. El Internet y las computadoras están dirigidos a estratos sociales más altos que necesitan actualizarse en su empleo. La televisión se utiliza masivamente para la educación en Brasil; cientos de miles de estudiantes asisten a cursos en los cuales la televisión está complementada por un instructor. Pero estos programas reemplazan a las escuelas académicas y no ofrecen capacitación en un oficio. Por consiguiente, las escuelas por correspondencia preservan todavía sus nichos. La regulación de la educación por correspondencia ya fue creada. Cuando se discutió este asunto en la monografía original, temimos que esto podía hacer más mal que bien. Desafortunadamente, parece que estábamos en lo cierto. La regulación parece ser algo burocrático y de poca ayuda.

Para resumir, la educación por correspondencia continúa siendo un medio poderoso para llevar a clientelas modestas cursos prácticos que tienen un impacto positivo en sus vidas. No obstante, se encuentra tan alejada del centro de atención ahora como lo estaba hace veinticinco años.

² Correo electrónico de Roberto Palhares (Junio 2000).